

Homenaje a Concha Liaño

In memóriam



El paso del tiempo es inexorable, no perdona y Concha Liaño, nacida circunstancialmente en París en 1916, la última integrante que nos quedaba con vida del movimiento Mujeres Libres, una mujer anarquista, ha dejado de existir físicamente tras una dilatada, militante y comprometida vida. Ya tuvimos oportunidad de mostrar nuestras condolencias públicas en este mismo medio *Rojo y Negro*, nada más conocer su fallecimiento, el pasado 19 de abril de 2014, en Caracas, aunque lamentablemente no tuvimos conocimiento de su muerte hasta el día 1 de mayo.

Lo que sí queremos ahora es celebrar este modesto homenaje a Concha y para ello presentamos estos artículos en el periódico confederal, que leía de forma habitual, para mostrar nuestro reconocimiento y el de toda la organización a su persona, a sus ideas, a sus luchas. Las mujeres que aquí escriben no precisan presentación, dada su trayectoria vital, personal y profesional: Antonia Fontanillas, Antonina Rodrigo, Llum Quiñero. Gracias por su colaboración.

Concha ha asistido en los últimos años a distintos actos organizados por la CGT. Estuvo en el homenaje a Mujeres Libres (Zaragoza, 2007) y en el homenaje dedicado a Pilar Molina y Mujeres Libres (Valencia, 2011). Ya fuera en persona, ya fuera telefónicamente, Concha ha mantenido siempre una actividad extraordinaria y una clarividencia plena a la hora de analizar la vida, los contextos políticos y sociales. En este sentido, seguía implicada en la sociedad de su tiempo, intentando, por ejemplo, hacer compatible la difusión de sus ideales anarquistas con la realidad venezolana actual, país en el que residía desde hacía muchos años. En estos últimos meses, preparaba la presentación en Caracas de nuestra Exposición del 70 Aniversario de la Revolución Social, soñando con la idea de que el pensamiento anarquista, libertario, hay que divulgarlo, explicarlo en todo el mundo.

Concha Liaño formó parte de ese reducido grupo de mujeres anarquistas, clarividentes, adelantadas a su tiempo que constituyó la experiencia de Mujeres Libres. Este colectivo, que formó parte sobresaliente del movimiento libertario de los años 30 junto a la CNT, a la FAI y a las Juventudes Libertarias, fue capaz de crear la publicación *Mujeres Libres*, sin duda, una publicación moderna, innovadora, artística, que conjugó unos contenidos revolucionarios con unas técnicas de diseño y edición vanguardistas.



Buceando en los trece números editados de la revista *Mujeres Libres*, descubrimos que a partir del nº 8 titulado “X Mes de la Revolución”, en el apartado de Actividades de las Agrupaciones de Mujeres Libres (pág. 2), que se están llevando a cabo en Barcelona, Concha está participando en la campaña radiofónica junto a Nita Nahuel, Rosa Boesa y Pilar Grangel, al mismo tiempo que se anuncia que Concha Liaño participa en la gira de propaganda oral en el barrio barcelonés de Horta.

En el nº 9, “XI Mes de la Revolución”, vuelve a aparecer su nombre en el ámbito de la campaña radiofónica a cargo de Pilar Grangel, Concha Liaño y Soledad Estorach.

En el nº 10, “II año de la Revolución” (pág. 6), Concha Liaño firma un artículo titulado “Cataluña”, en el que describe

los primeros días de la revolución social en Barcelona. En dos columnas diferenciadas, en la columna de la izquierda, describe cómo los hombres se afanaban por conseguir armas para detener la sublevación militar y en la columna de la derecha, expone el trabajo desarrollado por las mujeres, creando locales de avituallamiento para alimentar a los combatientes, recogiendo alimentos en comercios y tiendas “de agrado o por la fuerza”, jugándose la vida por sus ideales, transitando entre los disparos de las calles, unos y otras. El artículo comienza con una alabanza a la generosidad y apoyo mutuo mostrado por los combatientes de Cataluña hacia el resto de “hermanos combatientes de la Península” sin “mezquindad regionalista” y tras una añoranza de los primeros y gloriosos días de la Revolución Social, el ar-

tículo termina describiendo una retaguardia contrarrevolucionaria ajena a aquellos primeros momentos de hermandad entre “anarquistas, guardias, socialistas”.

En el nº 11 (pág. 27 y 28) detectamos cómo a través de las caricaturas vistas por Viejo, aparece la de Concha (entre otras) como Delegada por la Regional de Cataluña al Congreso Nacional de Mujeres Libres.

En el nº 13, nos cuentan las actividades que las agrupaciones catalanas desarrollaban, clasificadas en las secciones correspondientes a asistencia social, solidaridad, trabajo, preparación técnicoprofesional y deporte de la guerra, preparando a las mujeres por si era necesaria su intervención en el campo de batalla. Aunque no aparezca su nombre, damos por hecho que estaba ahí, ya que -según palabras repetidas de Antonia Fontanillas- Concha pertenecía al Comité de Mujeres Libres de Barcelona.

Concha Liaño vivió con pasión estos iniciales momentos revolucionarios, señalando cómo desde la Agrupación Mujeres Libres, su objetivo, era la lucha por la liberación de la mujer así como ayudar a dicha revolución. “Los hombres al frente, las mujeres al trabajo” fue una de sus consignas. En sus charlas, animaba a las mujeres al adiestramiento en los campos de tiro, realizó propaganda a favor de los Liberatorios de Prostitución o contra el analfabetismo. Como reflexiona en algunos artículos escritos en libros como *Mujeres Libres. Luchadoras libertarias* de la Fundación Anselmo Lorenzo, la respuesta de las mujeres españolas fue “vibrante”, una “explosiva toma de conciencia” que en la mayoría de los casos terminó en el exilio. Sin embargo, Concha Liaño recuerda que “era emocionante, conmovedor, comprobar cómo las mujeres se esforzaban en aprovechar una ocasión que les permitía salir de su resignada impotencia (...) de tantos siglos de injusto sometimiento (...) para la mujer española ése fue su momento estelar”.

Estamos ante una figura muy importante del anarquismo, muy importante para la lucha por la emancipación de la mujer, que nos ha dado ejemplos imborrables para que las mujeres de hoy estemos agradecidas y orgullosas de su lucha y comprometidas a seguir desarrollándola hasta el final.

Concha, que la tierra te sea leve. Te tendremos siempre con nosotras.

Paula Ruiz Roa
Secretaría de la Mujer Confederal CGT



Homenaje



Relevo generacional en Mujeres Libres: la mayor y la más joven

Las universidades de Conchita Liaño

Con la desaparición de Conchita Liaño Gil, se cierra la memoria testimonial de la Agrupación Mujeres Libres. Creemos que su voz fue la más apasionada, en el recuerdo del mítico encuentro revolucionario, de unas mujeres con clara conciencia en la formación cultural, como elemento emancipador para su independencia y autonomía. Era uno de sus principios, incluso dentro del movimiento libertario, al cual estaban vinculadas. La génesis del movimiento surgió de Mujeres Libres, de Madrid, a finales de 1934, en solidaridad con la Revolución de Asturias. Más tarde, se fusionó con el Grupo Cultural Femenino, de Barcelona (CNT), ante la esencial afinidad de los dos grupos, encuadrados en el Movimiento Libertario.

La infancia de Conchita Liaño, nacida en París en 1916, no fue apacible: viajes, traslados, Francia, Cuba, México. Continuas disidencias familiares, cambios de escuelas, internados de monjas, hasta la separación del padre y regreso con su madre y dos hermanos menores al barrio barcelonés del Guinardó. Con catorce años entró a formar parte del mundo laboral en un taller de costura, luego en una fábrica textil. Su formación de mujer rebelde fue en las universidades populares de la vida. Primero los dramas de su barrio obrero le dieron la visión de la injusticia en que vivían las familias del mundo del trabajo, hacinadas en maltrechas viviendas, gentes sufridas y niños sin escuelas, iniciándose en el ruedo de la calle.

La segunda universidad fue el Ateneo Libertario del Clot, descubrimiento deslumbrante, allí estaban los suyos, los que pensaban como ella, gentes con ideales y la cultura como faro para la redención del ser humano. Aquel clima fraterno, solidario, de formación y lucha, la vinculó a las Juventudes Libertarias.

La tercera universidad de Concha fue su encuentro con la Agrupación Mujeres Libres, en la que fue nombrada miembro del Comité Regional de MMLL. Su cometido era difundir la organización por toda Cataluña.

La revista *Mujeres Libres* fue el portavoz de la Agrupación, para difundir las actividades que se desarrollaban en las ciudades y barriadas que federaba la Agrupación Mujeres Libres. El primer número aparecía en mayo de 1936, aunque su contenido estaba dirigido a "...orientación y documentación social", el golpe de Estado del 18 de julio y la inmediata guerra civil la transformó en un periódico combativo, donde Concha Liaño colabora y expone el potencial de catarata del brío de sus ideas.

Con la intrepidez que la caracterizaba, sin desfallecer a lo largo de su vida, incluso cuando su ceguera mermó sus impetus, mantuvo su antorcha por la emancipación de la mujer. En una carta del 3 de febrero del 2000, escrita de pie en Correos, me decía: "...Por supuesto no sé lo que digo en esas cuartillas pues no puedo leerlas... ando a la greña con el tiempo y el cansancio. Por un lado, el final de mi vida es deplorable, pero por el otro, ¿quién tiene los recuerdos que yo tengo, las vivencias que yo tengo?". Y ese fue el motor de su resistencia, hasta el final de su vida.

La Guerra Civil y el estallido de la revolución popular significó la eclosión del protagonismo femenino, en los primeros momentos en los frentes pero, especialmente, en la retaguardia, debido a la ausencia de los hombres, incorporados a las unidades de combate. Concha Liaño es una de las heroínas populares de aquel 19 de julio de 1936. Con la intrepidez que la caracterizaba, fue la viva estampa de la revolución del pueblo. Con sus compañeros de las Juventudes Libertarias, de la

barriada del Clot, llegan a la plaza de Sant Jaume, a pedir y a exigir armas a Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Catalunya, para hacer frente al alzamiento insurreccional de unos militares traidores que habían jurado la Constitución. Armada de un adoquín, las armas que poseían los auténticos defensores del pueblo, ante el freno de las autoridades, en aquellos primeros cruciales días, se presentó en la casa Cambó y logró, con el adoquín, intimidar al sirviente (pues los dueños habían huido), quien le abrió la puerta y desapareció. El edificio se convirtió en la sede de los luchadores, donde se instaló el Comité Regional de la CNT-FAI. Concha participó en las barricadas de la Vía Laietana. Junto a sus compañeros, con su arrojo habitual, requisó armas y víveres para los milicianos.

Conchita Liaño luchó en todos los frentes que ella y sus compañeras abrieron para la emancipación de la mujer: en el ideológico, en el laboral, en el cultural, en el de la lucha por los Derechos Humanos, entre ellos el amor libre y los Laboratorios de la Prostitución.

Conchita Liaño nunca superó el drama de la pérdida de la guerra. En 1939 salió al exilio, estuvo en París y Burdeos y fue esporádica resistente contra el nazismo, hasta su traslado a Caracas, en 1948, donde ha muerto el 19 de abril de 2014, sin haber podido apagar el fuego incandescente de la revolución social, en la que fue una de las protagonistas. Ella era memoria viva de la revolución española, encuadrada hoy en la Memoria Histórica, tan tardía en la recuperación de la pequeña y la grande historia de un pueblo que luchó por la libertad hasta su extenuación.

En este año se nos han ido María Garrido Martín (Granada, 1924-Barcelona 2014) del llamado exilio interior, hija y mujer de míticos guerrilleros, los antifascistas de la posguerra. Aurora Molina Iturbe (Barcelona, 1920-Gijón, 2014), hija de la mítica pareja formada por Lola Iturbe y Juan Molina "Juanel", tan activa en la lucha junto a sus padres, y Conxa Pérez (Barcelona, 1915-2014), miliciana en los frentes de Aragón, y experiencias vivenciales en los campos de concentración franceses. Tras su regreso a Barcelona, en 1942, en el exilio interior, no abandonó su arriesgado compromiso social ni su militancia.

Divulgar el nombre y la trayectoria de los hombres y las mujeres que nos precedieron en los escenarios de lucha por los Derechos Humanos es un acto de justicia y en ello estamos. Salud.

Antonina Rodrigo

TESTIMONIO DESDE FRANCIA

Antonia Fontanillas

Lúcida y vital, a sus 97 años, quiere compartir con nosotras estas líneas de recuerdo y condolencia



Queridas Cristina y Paula, me pedisteis dijera algo sobre las compañeras desaparecidas este terrible mes de abril. Concha Liaño había pertenecido al Comité de "Mujeres Libres" de Barcelona.

Saludos para todos y un fuerte abrazo para vosotras

Antonia Fontanillas

Para la Redacción de "Rojo y Negro".

Qué mes de abril tan luctuoso. Una tras otras han ido desapareciendo varias compañeras con las que tuve amistad. La primera, y la más joven era Aurora Molina hija de Lola Iturbe Arizcuren a quien dedicamos un libro Antológico biográfico donde hablabamos de Aurora que era apenas una chiquilla en 1936 que frecuentaba la escuela Racionalista Natura. Ya entonces, pese a poca edad, participó de algún modo en la lucha que el pueblo barcelonés los amarcos-indicalistas de la CNT se movilizaron para abatir rápidamente la sublevación fascis-

ta y dar paso a la Revolución Social. Sus padres, Lola y Juanel, eran administradores, del periódico y Editorial "Tierra y Libertad". Su compañero fue Ramón Activo militante. No recuerdo exactamente la fecha de nacimiento de Aurora, pero tenía algunos años menos que yo y yo voy a cumplir 97. Murrió el 10 de abril (ha verificado). Detrás de la segunda Concha Pérez, conocida militante y después Concha Liaño, ambas eran mayores que yo. Otra pérdida mucho más lamentable, porque era joven aún y podía dar mucho de sí, es el compañero malagueño Juan Luis, cuyo apellido, me parece que es González. Las demás tenían edad para morir, como la tengo yo. No comprendo por qué mi corazón sigue latiendo. Lo que nos es común a todas/os, es el bello ideal que ha alentado nuestra vida

Antonia Fontanillas

a Concha Liaño



Conchita Liaño, la mujer maravilla

“Ya estaba sentada sobre mi tumba, desgranando entre ensueños mis hermosos recuerdos y de pronto surgió un estallido”, escribió a los noventa años Concha Liaño en su poema *El canto del cisne*.

Así fue su vida: un estallido tras otro, incluso en las décadas interminables en su destierro venezolano que aceptó como patria. Vivir intensamente, esa era su manera de vivir.

Llegó al mundo con dos dientes ya crecidos -exceso de material, buena señal-, dijo su padre. Su tía, a la que llamaba la fiera corrupta y su propia madre decían que estaba hecha de azogue y que parecía alimentada con vitaminas supersónicas. Creo que estaban en lo cierto y tuvo vitaminas durante casi 100 años para su propio asombro.

La conocí en el documental *Vivir la Utopía* de TVE, en 1997 y me propuse llegar hasta ella, aunque tuviera que cruzar el océano. Y lo logré. Nuestro encuentro fue un flechazo. Estaba preparando la documentación para el documental *Mujeres del 36* y se apoderó de mí la convicción de que no podría hacerlo sin Conchita. Y en ese mismo año comenzamos una relación de idas y venidas, una amistad, difícil tantas veces, que se convirtió en un tesoro. Su energía era extraordinaria incluso cuando estaba sentada y quieta. Pero si caminaba, a pesar de que viera con dificultad y los oídos no los tuviera a pleno rendimiento, dejaba atrás a quienes la acompañaban. Sus silencios estaban repletos de reflexiones, de brillo, de reproches, de quejas, de propuestas. Y cuando hablaba era difícil imaginar por dónde iba a salir. Vivía en un presente continuo de la totalidad de su vida.

Sobre su cama tenía la imagen de su padre puesta boca abajo, que de vez en cuando daba la vuelta, en acto de reconciliación que terminaba al rato. Le hacía responsable de la falta de sosiego de su infancia, pero también que heredó de él su pasión por vivir a fondo. Cuando la conocí, la inmensa mayoría de sus amigos habían muerto y sentía una especie de rabia desatada a ratos por haberse quedado sola. Y los traía a su presente para seguir discutiendo, como si los tuviera a mano. Hablaba de su amiga amada Soledad Estorach, que había dejado en París y con la que aseguraba que hablaba cuando se sentaba a mirar el horizonte. Repasaba sus años juntas y le confiaba sus temores y andanzas del presente. Sus cartas fueron su alimento hasta que Soledad también se fue y con ella su conversación inacabada.

Había nacido en 1916, era una anciana octogenaria cuando la conocí y yo la sentía como una igual, como si esas barricadas que separan las generaciones no existieran entre nosotras. Ella hablaba de su aspecto, del deterioro de su cuerpo, de lo irreconocible de su cara; se miraba al espejo e insistía “¿Pero tú puedes creer que esa soy yo?”



No chica, eso no se puede resistir”. Y me preguntaba sobre detalles de mi vida que quería conocer como si fuera yo misma para saberlo todo.

Amaba el anarquismo como una filosofía de vida que devuelve a cada cual las responsabilidades de su destino y se empeña en que la educación y la cultura sean asequibles para todos.

En plena revolución perdió un bebé, que murió en sus brazos. Perdió después la revolución y una guerra. En Francia, huyendo de un lugar a otro, como una lagartija, escapó de los nazis y se volvió a enamorar de un gallego comunista que no la pudo querer. Con él tuvo una hija. Y con su hija, en el 1942 continuó la peripecia de su escapada en un laberinto de callejones sin salida. Nunca fue fácil la vida para Concha, que encontraba puertas abiertas y ella se empeñaba en pasar por la cerrada; sufrió intensamente con las crisis sucesivas de su hija, que venían a ser sus

propias crisis y temía que sola no pudiera seguir adelante.

Decía de sí misma que era un diamante en bruto, la versión libertaria de la mujer maravilla. Disfrutaba de la vida y la padecía con el mismo ímpetu. A lo largo de su biografía trató de suicidarse en varias ocasiones y al final aceptó seguir viva, mirando la vida desde dentro, tratando de entender lo incomprendible. Estuve en su casa durante semanas en dos de mis viajes: la vi subir los 13 pisos que separaban la calle de su apartamento en el destartado centro de Caracas; no siempre funcionaba el ascensor pero eso a ella tampoco la amilantaba.

Mi madre dice -me contaba Moncha, la hija de Conchita- que el mundo se divide entre explotadores y explotados. Ella se empeñó siempre en permanecer entre los explotados. Y aquí andamos.

Esa era Conchita, fiel a sí misma, dueña de unos recuerdos que la mantenían firme en la certeza de que la Humanidad se merece un mejor destino que servir a unos amos. Y convencida de que estaba en las manos de las mujeres construir ese mundo sin sometimiento para ellas. Ella había asistido a la transformación en los años de la guerra en Barcelona y aún se extasiaba viendo los cambios de las mujeres españolas cada vez que volvía.

En 2002 murió su compañero, Víctor Versinsky, un polaco guapo, educado y silencioso con el que compartió su vida en Venezuela; más de cincuenta años juntos. Cuando él murió, a Conchita la atravesó de nuevo un vendaval al descubrir que estaba unida a un hombre cuya identidad real le era desconocida. Fue al reclamar a la embajada polaca su partida de nacimiento para los trámites de la herencia cuando descubrió que su verdadero apellido era otro, Shultz, de origen alemán.

Y Conchita se volvió a dar de bruce con su biografía. La libertaria que todo lo quería saber se topó de nuevo con la Historia inalcanzable. Pasó sus últimos años devanándose los sesos, tratando de encontrar motivos, explicaciones, pistas que la condujeran de nuevo, a dar sentido a su propia vida. “Señora, usted no es el único caso, se sorprendería de la cantidad de personas que están en su misma situación”. ¿Cómo conformarse? La Historia del Siglo XX había pasado ampliamente por su propio cuerpo. Las voces, las guerras, los viajes, las revoluciones, los cambios, los amantes, las persecuciones, los

encuentros, el amor y también los silencios aunque ella lo advirtiera tarde. Las huidas, las falsas identidades, las verdades a medias, los hogares mil veces destruidos. Su vida con Víctor fue una vida apacible, como ella imaginó. Fueron compañeros en un exilio que no les permitió desnudarse del todo. Así hiere la derrota, con un arma delicada repleta de crueldad y de silencio que te impide saber quién eres.

A los 90 años Conchita no estaba para pesquisas de semejante envergadura. Y poco a poco, sin conformarse, se fue calmando para poder morir lo más en paz posible. Primero pasaba horas en silencio, sentada en la silla del comedor de su casa y con los codos sobre la mesa, abrumada por la noticia que invadía toda su vida. Pero a ratos volvía al presente y seguía a Chaves en sus correrías por Venezuela, escuchaba sus interminables discursos, analizaba sus consejos de ministros transmitidos por televisión. “Veo que no entendéis lo que está haciendo este hombre, insistía. Está devolviendo la autoestima a este pueblo explotado”.

En su último viaje a España, en el 2011, repetía a quien quería escucharla, que en ese momento, en Venezuela, la causa de las mujeres y de los desheredados pasaba por apoyar a Hugo Chaves frente al capitalismo norteamericano. Era entonces una libertaria chavista y la memoria viva de una parte negada de nuestra propia historia.

Desde que en 1992 Víctor cayera enfermo, ella le acompañó y le ayudó, allá en su escondite de Río Chico, alejados de Caracas. Disfrutaron juntos del sol, de la lluvia, del ritmo de esa tierra que a ambos les cobijó. Y ella se escapaba como siempre al mar, en caminatas inacabables a recordar su propia vida u olvidarse de ella en sus largas sesiones de yoga que le aliviaban de la presión que su vitalidad derrochaba.

Cuando parecía que estaba derrotada, ponía un canal de televisión con música de los Beatles y se ponía a bailar en la medida de sus posibilidades. Comía lo que le apetecía, mientras le diera el bolsillo y de vez en cuando se regalaba con un ron venezolano bien cargadito de hielo; leía y conversaba; pasaba mucho tiempo a solas; “es así, cuando llegas a vieja”, decía. “Ahora entiendo a los viejos que yo veía en mi infancia, horas sentados mirando la nada. Ahora sé que pasaba por sus ojos lo mejor de su vida y podían verlo y recordarlo una y otra vez”.

En ningún lugar se quedaba sin decir lo que pensaba, se lo preguntaran o no. A pesar de tantas dificultades que encontró en el camino, disfrutó de la vida cuanto pudo y sobrevivió a todas sus hazañas. Estaba cansada de estar viva, decía; aunque supo abrir la puerta a cada soplo de energía que pasaba por su lado. En 2003 escribió: “Reconoceré que me resultó muy grata la luminosa corriente primaveral, que entró de lleno en este triste invierno”, como si de nuevo se hubiera enamorado.

Al fin se fue, orgullosa de ser quien era, a pesar de todos sus pesares. Feliz de ser una mujer libre; de haber formado parte de un grupo capaz de cambiar el curso de la historia, de haber contribuido con su esfuerzo a mejorar la vida de las mujeres.



Homenaje a Concha Liaño



La vida efervescente

Dicen que Conchita Liaño murió el 19 de abril de 2014 en Venezuela. Tal vez sea cierto. Nació en París, en 1916. Y vivió con la intensidad de quienes se sienten capaces de cambiar el curso de la historia.

Se acabó lo que se daba. Ya no habrá nada a lo que prenderle fuego.

Ya no habrá pasado, ni sol, ni horizonte de luz teñido de amargura, ni te amanecerás acompañada de ti misma.

Se acabaron las fronteras, los calabozos, los caudillos que no se mueren nunca. Los años que pasan sin sentido.

Se acabaron los amores imposibles, los dioses que no existen, el brillante sabor de la aventura. Se acabó, Liaño, la hoja en blanco, las ganas de saber, el gusto por los cuerpos entregados.

Se acabó lo que se daba. Se acabó la esperanza negra que cubrió de nieve aquel enero, los sueños rotos, los vestidos de colores, los libros, las revistas, las pruebas de que era verdad lo que contabas.

Se acabó la dinamita que te pusieron dentro. Las ganas de no perderte nada, de mandarlos a todos a la mierda. De sentarte de cara a la pared y disfrutar de cada travesura. Se acabó, por fin, la vida efervescente.

Se acabó para siempre, Liaño la fuerza de tu aliento, el agua tibia lloviendo a borbotones en Río Chico sobre tu cuerpo entero. Tu voz al otro lado, tu locura, tu tierna

desmedida, tu luminosa y fértil impotencia, tu belleza inabarcable.

Se acabó el hambre, el sueño y la torpeza. Los ojos que no ven el corazón que extraña, la mano que acaricia. El olor a mar, la prisa lenta, los mosquitos, el calor audaz de Maracaibo. Las cuentas que no cuadran, el caos, la canela en rama, la madre renegada.

Se acabaron las carcajadas, la historia enrevesada en el silencio, los tambores espantando el calor de madrugada.

Se acabó por fin la duda que

se fue con la certeza a beberse un ron al otro barrio.

Se acabó la primavera, se terminó y no me gusta nada.

Me pongo aquel vestido que me diste y miro de nuevo el horizonte. Ya, ya sé que estás en otro plano.

Una luz zigzagueante y para siempre en los cerros de Caracas.

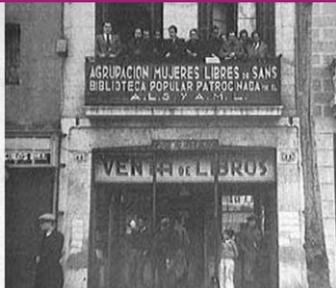
Llum Quiñonero



**CONCHA LIAÑO
MUJER LIBRE**



Concha, su hija Moncha y Felisa Castro en Francia.



Agrupación Mujeres Libres en Sants.



Pepita Carpena, Concha, Sara Berenguer y Conchita Guillén. Pepita, Concha y Conchita juntas tras 57 años de exilio.